Tiempo de tomar decisiones

Fernando Carlos Sánchez Aranaz
(Barrundia/Araba/Nabarra Occidental)

Hace unos días, subiendo desde Urdiain hacia Intsusburu, por el collado de Bernoa, pasé por la ermita de San Pedro, situada en términos de Altsasu. Grabada sobre el dintel de la puerta pude leer la inscripción que transcribo: “AÑO DE SETECIENTOS Y DIECISIETE A VEINTE DE HENERO EN ESTA IGLLE. DE SAN PEDRO DE LA VALLE DE BVRVNDA FUE ELECTO I VNGIDO POR PRIMER REI DE NAVARRA, GARCIA XIMENEZ. Y ESTA ELECCIÓN CONFRM. EL MESMO AÑO EL PAPA GREGORIO SEGVNDO COMO PARECE POR SU BVLA QUE LA TIENE LA DICHA VALLE EN SV ARCHIVO”.

Estos hechos, históricos o legendarios, tanto da, han estado vigentes hasta hoy en día en la mentalidad de los descendientes de los vascones, aquella antigua tribu pirenaica que, en el siglo VIII, tras múltiples vicisitudes históricas, construyó el embrión de lo que luego sería el Reino de Navarra, tanto en lo que hoy es la Navarra residual, como en las llamadas Provincias Vascongadas.

La desmembración y pérdida de independencia de lo que fuera el primitivo Reino de Navarra fue un proceso gradual, promovido por la rapacidad de los reyes vecinos, particularmente los de Castilla, y por las ambiciones de algunos linajes autóctonos, que se extiende desde el año 1054, cuando el autotitulado rey de Castilla, Fernando, asesina en Atapuerca a su hermano Sancho, Rey de Pamplona, hasta el 1841, al confirmar el general liberal Espartero la pérdida de Navarra de su condición de reino, bien fuera que para entonces ampliamente mermado en su soberanía.

Es un hecho que esta conciencia de pertenecer a una misma entidad política ha permanecido en el inconsciente colectivo de todo el pueblo vascón, aunque no así entre sus estamentos gobernantes, resurgiendo esporádicamente sin que sus debeladores, autóctonos o foráneos, hayan podido extinguirlo.

Esta conciencia de pertenencia a una unidad previa es claramente detectable en el carlismo popular, repetidamente traicionado por sus dirigentes. No así entre los seguidores iniciales de Sabino Arana, quienes paradójicamente asumirán la historiografía oficial castellana. Acaso el hecho de que el pueblo fuera mayoritariamente analfabeto le librara de esa contaminación. La realidad es que el estamento campesino fue siempre más proclive a la unidad de Vasconia que las élites urbanas, mayoritariamente procastellanas, luego liberales y después franquistas. Resulta sorprendente y a la vez asombroso, escribiendo en los albores del siglo XXI, que ese afán de los vascones por seguir siendo ellos mismos, en su lengua, su cultura, pero también en su organización social, económica y política, en su soberanía, haya perdurado hasta nuestros días durante un largo milenio.

Para acabar, resalto el énfasis puesto por los autores de la inscripción de San Pedro en el carácter electivo de su Rey. En aquellos tiempos la elección de Rey suponía la delegación de la soberanía del pueblo en una persona concreta, igual a cada elector de uno en uno, pero inferior a su conjunto, tal como expresaba el Fuero que el rey electo debía respetar. Hoy, como en aquellas épocas, los navarros, todos los navarros, del este y del oeste, del norte y del sur, debemos decidir cómo ejercemos nuestra soberanía cómo pueblo.

Llamo a recordar quién actualmente se intitula Rey de Navarra, dándolo por hecho al considerarse Rey de España, y a quién adulan los autodenominados “navarristas” concediéndole espúreamente y sin rubor el título de Príncipe de Viana. Recuerdo también que

quien designó a ese señor rey de España fue el mismo que ostentó el título de presidente de la Diputación de Navarra durante casi cuarenta años.

¿Cómo podemos seguir soportando esta situación?